

#LAVENTANADELCDN

CENTRO DRAMÁTICO NACIONAL

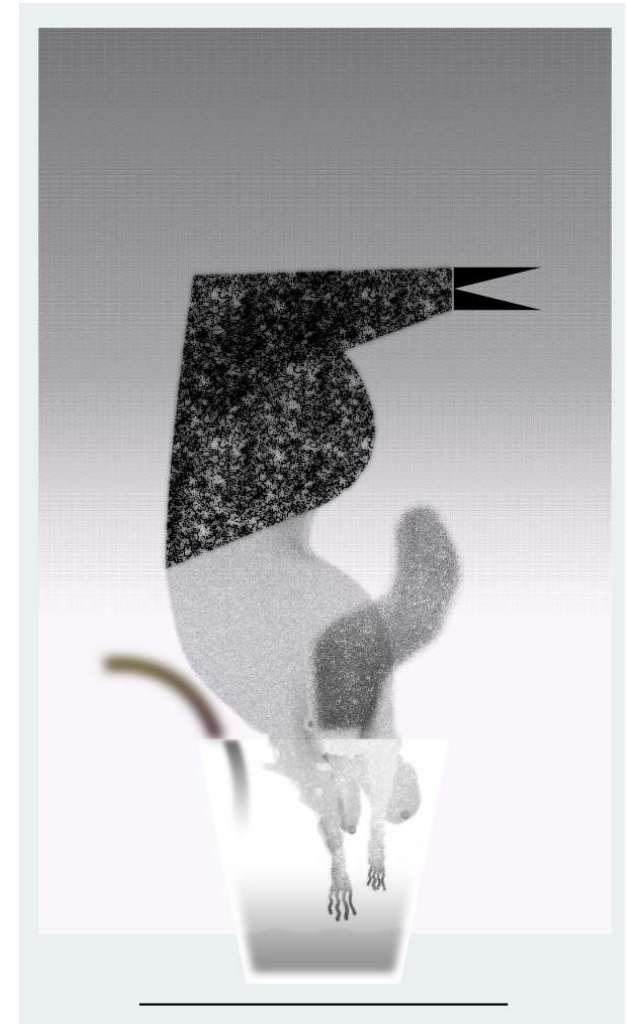


MÁS QUE MIL PALABRAS

Texto: Blanco grisáceo, de María Prado

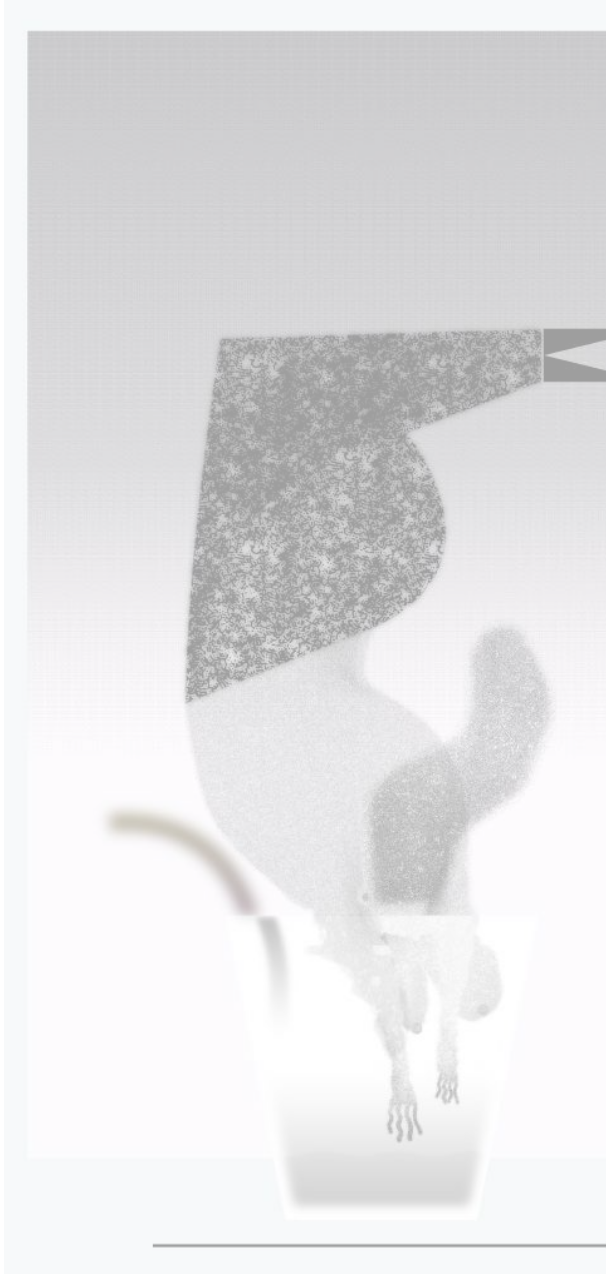
Ilustración: Sirena, de Ana Bustelo

Una pequeña y rechoncha sirena a punto de zambullirse. Debajo de su cuerpo, mi vaso de agua reposa sobre la mesa sin saber la que le podría caer encima. ¿Desde cuándo está ahí? Me quedo mirando fijamente durante el que creo fue un rato largo. O quizás no tan largo. Me resulta difícil controlar los tiempos de las cosas. Aún recuerdo cuando tenía largas vacaciones de verano y me quedaba en casa de mi abuela. El asfalto ya hervía. Me sentaba en el balcón, dejaba colgar mis piernas entre los barrotes. Porque mis piernas cabían entre los barrotes. Había que tener cuidado con que no te rozaran los muslos porque enseguida se ponían incandescentes. Veía a otra niña parecida a mí en el balcón de enfrente. A veces nos hablábamos, por señas, y nos contábamos algo... Era... algo que ya no recuerdo. El aire no se movía. El tiempo parecía detenerse. Sudábamos aburrimiento y calma. Dejo de mirar a la sirena, pero me esfuerzo por memorizar su lugar en la pared. Trazo un mapa con sus coordenadas: al oeste esa foto de nuestra gira por México, y al norte *Cien años de soledad* descansando sobre la balda Lack de Ikea.



Esta mañana he vuelto a visitarla. Con un nuevo vaso de agua, que he colocado estratégicamente debajo de donde debería estar ella. Al principio no aparecía, pero al rato he conseguido verla, ligeramente inclinada, juraría que unos cuantos grados más al sur que ayer. Me acerco y con mi dedo comienzo a redibujarla. Su contorno se siente frío y duro. Es posible que haya pasado horas tocándola. O a lo mejor fue un minuto. Aparto los muebles para mirar su perfil. Adhiero mi cuerpo entero al tabique. Respiro. Escucho mi respiración que se va convirtiendo en un mar. Espiro y una ola se aparece en la pared y la mueve. Ella se agita entre las marcas negras (¿de dónde sale toda esta mierda?) y algunos de los desconchados. Continúo palpando la pared, ansiosa por descubrir qué esconde este gotelé gastado de siglos. Me agarro al relieve con las yemas de los dedos. Me desnudo. Me sumerjo en las arrugas de un océano de yeso que hace tiempo dejó de ser blanco. Nado. Cada pliegue me acaricia con intensidad. El sol que llega desde la ventana calienta mis muslos y algunos segmentos de pared que voy descubriendo con cada brazada. Oigo una música a lo lejos. Debe de ser el vecino tocando la guitarra. Trato de reconocer la canción. Me resulta tremendamente familiar. Pego mi oreja todo lo posible. Me dan ganas de gritarle para que la toque más alto, pero me da vergüenza que se dé cuenta de esta súbita invasión de su intimidad. No alcanzo a escuchar con claridad qué es lo que canta. Respiro y el mar blanco se mezcla con las cuerdas de la guitarra, formando una hamaca. Me mece.

¿Había escuchado al vecino tocar la guitarra antes? ¿Es posible que no sea él? Puede que más allá de este conjunto de ladrillos apilados haya algo que desconozco. ¿Y si lo traspasara? Cruzar para ver qué hay después de todo esto. Busco si hay grietas, a través de las hendiduras de la pintura vieja, presionando levemente, comprobando si cede. Me deja tocarla, pero me muestra sus límites. Hay ciertos espacios a los que no me permite llegar. Comienzo a darle golpes suaves. No reacciona. La golpeo con más fuerza. Algunos trozos de pintura se tambalean y caen contra el suelo. Vibra. La música se para. Comienzo a enfadarme con esta pared mugrienta que no hace más que enclaustrarme. La empujo, la presiono, la insulto. Trato de penetrarla con una mezcla de ansia y rabia. Introduzco la mano que, sin casi darme cuenta, se va fundiendo con ella. Me atrapa. Me ancla. Cuando estoy a punto de vencerme, cierro los ojos y te encuentro.



¿Estás sola?

Te miro sin querer mirarte demasiado. Tienes las piernas demasiado flacas. Observo el cielo abierto sobre ti, la cantidad de aire para respirar a tu alrededor, sin ningún muro que te eclipse ni un solo rayo de sol. Aunque está nublado. El yeso se licúa en mi mejilla, se convierte en una pasta pegajosa. A través de mis lágrimas se conforma la imagen de esa figura de escayola que hice hace... años. Una de esas manualidades para el tiempo libre. Era el genio de Aladdin convertido en estatuilla. Creo que se rompió. Lo rompí.

¿Qué quieres?

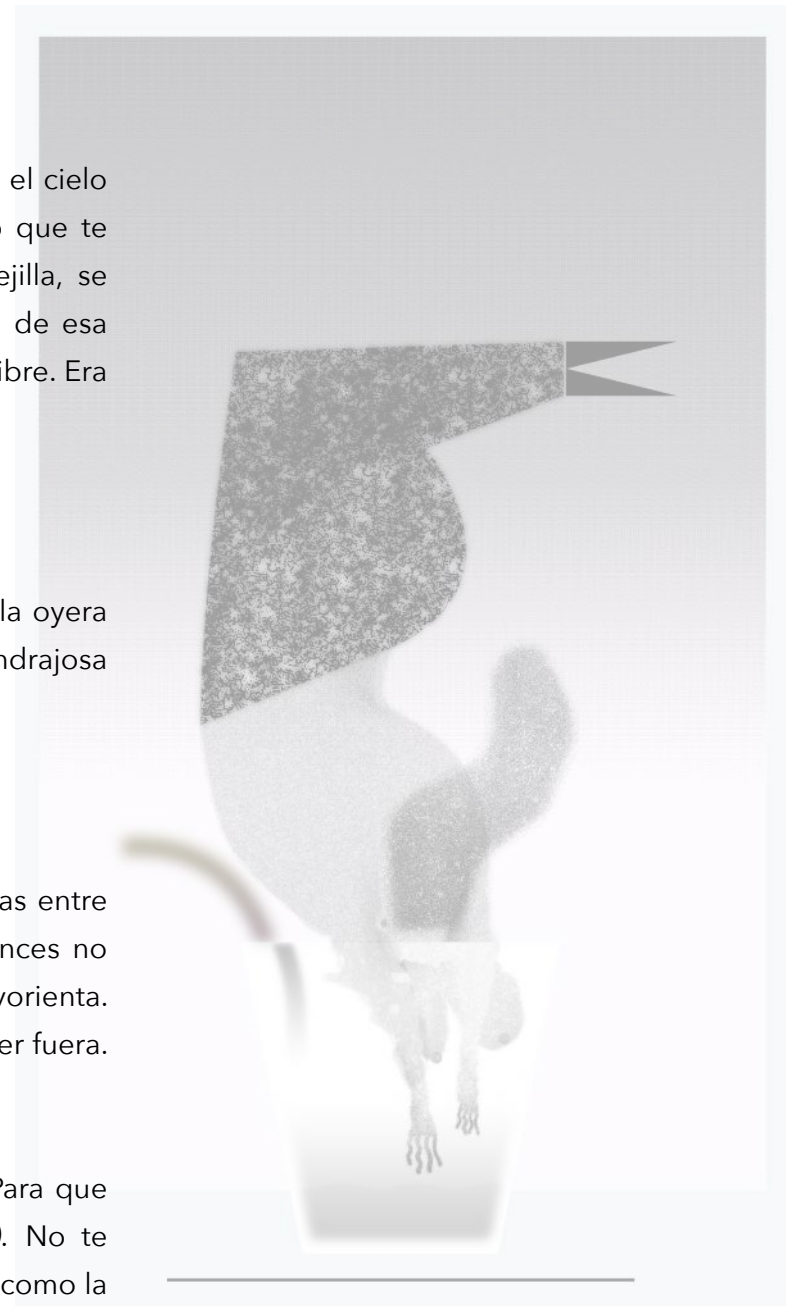
(Silencio)

Me miras con cierta curiosidad, no sé si interés real. No se te oye la voz. Y aunque la oyera probablemente no hables mi idioma. Sostienes con una sola mano una sonriente y andrajosa muñeca Barbie con forma de sirena. Medio rota.

¿Dónde estás?

No consigo ver paredes a tu alrededor. No veo más que algunas lonas azules sujetas entre palos. Llenas de agujeros. El viento podría llevárselas fácilmente volando. Y entonces no quedaría nada. Toda tu casa se quedaría en cuatro palos clavados en esa tierra polvorienta. No veo nada que te cubra, nada con lo que puedas defenderte de lo que pueda haber fuera. Y ya estás afuera, en la intemperie. ¿Quién va a protegerte a ti?

Quiero atraerte a mi pared. Quiero darte esta pared. Mi pared. Para que te acoja. Para que sientas cómo permanece, estable. Cómo nos sujeta, ¿lo ves? Es firme. *(Silencio)*. No te mueves. Y yo casi no puedo moverme. Ya solo al tratar de pronunciar palabras siento como la garganta se me resquebraja.



Quizás si pudiera solo darte un trozo, alguno... hermoso. ¿Te gustaría? Alguno con huellas... que relate la altura que mi hija irá alcanzando, o el espacio del cuadro que una vez colgó aquí, enfrente de la ventana, para poder mirar lo inaprensible. Busco, palpo, arañó, tratando de encontrar la mejor parte. La de la marca del roce de la mesa de estudio, o la del sombreado de una cabeza que se apoya mientras duerme la siesta, o esa zona con la mancha marrón del mosquito que fue aplastado con un papel... Busco, palpo, arañó. Para dártela.

Deja de observarme. Me pones nerviosa y no consigo encontrar... Dame tiempo. Algo de tiempo. No sé cuánto... No sé cuánto tiempo puede llevarme... No, no te vayas. Espera. Dame unas horas, unos minutos... ¡Solo un momento más!

Y te fundes a blanco grisáceo.

María Prado

Texto: Blanco grisáceo

De: María Prado

Ilustración: Sirena

De: Ana Bustelo

Un proyecto para **#LaVentanaDelCDN**

